
UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00022281120

# LAS MONTAÑAS DEL ORO

O

Las Montañas Del Oro. Poema Tiene Tres Ciclos I Dos Reposorios, I Lo Hizo Leopoldo Lugones En M. DCCC. XC. VII.



Y lo reimprimió
con un juicio de Rubén Darío
en la ciudad de Montevideo,
la "Editorial Rioplatense"
Buenos Aires 214
en M. CM. XIX

## Del Autor.

OBRAS RECHAZADAS POR LOS EDITORES:

Primera Lira. . . . . . . . (versos)
El Misal Rojo. . . . . . .
El Riñón de Beocia. . . .
Epitome de Psicología . . .

Á Luis Berisso

Á Carlos Vega Belgràno

L. L.

## LEOPOLDO LUGONES

He visto los comienzos de este otro americano «spectacle magnifique». Enorme suma de condiciones geniales apoyadas por la más potente y sana voluntad. Encontrábame en lo vivo de mi sabida campaña intelectual, en la querida gran cuidad de Buenos Aires, cuando un día se presentó en nuestra vibradora hermandad de Ateneo un joven que, al mostrar sus credenciales rimadas, fué considerado ya triunfante. ¡Un astro! nos comunicamos todos, con el gentil entusiasmo que allí animaba a coetáneos y menores. Nuestra unanmidad vaticinó cosas grandes. Para saludar tal orto escogí la más sonante y dorada de mis trompetas. La obra de Leopoldo Lugones es, según la expresión de sus críticos «vasta y bella como una creación natural», o bien »como una vasta serie panorámica de montaña». En verdad, las que han atraído mayormente en esa encantada cordillera, son, por el brillo de sus cumbres, por la riqueza de sus entrañas, por más de un misterio cabalístico, e milianunchesco, las Montañas del Oro. Fijaos bien en las otras alturas: hay amontonamiento de rocas,s entre las cuales históricas ruinas; hay colina

fértiles, con pequeñas ciudades, jardines y quioscos de arte; hay aglomeraciones de fábricas con chimeneas y casas de veinte pisos como las de los yanquis; hay intrincadas y sabias arquitecturas,—y abajo, la extensa pampa con sus bíblicos ganados. Pero las «Montañas del Oro», que conocen bien tan solo los simbades del castellano, montañas que consagra la primavera, y en donde tiene su palacio la juventud, digo en verdad que atraerán siempre a todos los buscadores de milagro y cateadores de poesía. ¡Aureo, bravo, caro Lugones! Vigoroso por temperamento, nutrido de los mejores saberes y remiso en toda aplastadora apretura escolar, desde muy temprano, supo aprovechar el don, rarísimo si se mira bien, de la autocompresión y valorizamiento propio. Tal, por mayor suma de aristocracias, de denunciara anarquista de los más encendidos. La violencia del color—¡aplaudido sea el profeta!—fué con el tiempo comida por el sol, no sin que hoy subsista el nato combativo cazacoronas y amigo de la república francesa, a pesar de las Españas ancestrales:

Antiguamente decían  
A los Lugones, Lunones;  
Por venir estos varones  
Del gran castillo y traían  
De Luna los sus blasones.

Su genealogía mental—¡por Dios, siempre descendemos, o ascendemos a alguien, y ha existido el Adán literario!—¿le emparenta con cuáles antecesores?, pero ningún espíritu encuentro más

fraternal para el suyo, que el de Edgar Poe,—tanto en todo va buscando su equilibrio nuestra balanza continental. ¿Mas, a dónde no llega la vista a cualquiera de los puntos cardinales que se dirija, desde la cumbre de sus montañas?

Listo para todos los combates,—apolíneo, hércules, perseico, davídico, ello transmutado en sangre neomundial, su iniciación en la orden del Arte, queda como un acontecimiento en la historia del pensamiento hispano-americano, y no uno de mis menores orgullos el haberme tocado ser, en días floridos, Anquises de tal Marcelo.

Todo conquistado; renombre, respeto y consideración en los propios patrios sanedrines, admiración y afecto entre sus iguales. Todo, hasta el denuesto regocijador y la parodia plausible. Todo, menos la verdadera comprensión de ciertas cosas suyas al lado de las cuales se ha pasado sin penetrar lo que dentro se contiene. Mas, ¿desde cuándo es comunicado a todos el schibo'eth?

La obra primigenia de tal héroe, cuyo análisis sea para estudiosos y minuciosos críticos, háceme pensar en las adolescencias proféticas, en una pérdida y encuentro, no en el templo entre los doctores, sino en el bosque entre los leones. Hay allí, sobre todo, un infuso conocimiento de cosas inmemoriales que se ha trasmitido a través de innúmeras generaciones, y que hace vagamente reconocerse, apenas, con algún rarísimo *contemporaneo,* en un rápido choque de miradas, o en la similitud de interpretación de un gesto, de un signo, de una palabra.

Ya en la tarea de ideas, revélase la inagotable mina verbal, la facultad enciclopédica, el domi-

nio absoluto del instrumento y la preponderancia del don principal y distintivo: la fuerza. Propaganda patriótica, ciencia civil, historia, cuento, enseñanza, discurso ocasional, todo es pletórico, todo está lleno de vital y viril fuerza. Verdad que oiréis un son de flauta en los «Crepúsculos del Jardin». Acordáos del Polifemo que canta Teócrito y Poussin pinta. Y luego: ¿Quid dulcius melle et quit fortius loene? ¿No habrían vibrado antes en una lengua de potente amor versos capaces de encender estatuas?

No creo yo que en nuestras tierras de América haya hoy personalidad superior a la de Leopoldo Lugones, quien antes de llegar al medio del camino de la vida, se ha levantado ya inconmovible pedestal para el futuro monumento. Las «Montañas del Oro», «Los crepúsculos del Jardín», «El Imperio Jesuítico», «La guerra gaucha», «Las fuerzas extrañas», «Lunario sentimental», «Piedras liminares», «Didáctica», «Prometeo», «Odas seculares».

Allá en la lejana Córdoba del Plata, una anciana tiemblá aún de temoroso gozo maternal. ¡Misia Custodia, que nombre el de usted, para ser llevado en la catedral de las glorias argentinas! ...

RUBEN DARIO.

# INTRODUCCION

Es una gran columna de silencio i de ideas
En marcha.

El canto grave que entonan las mareas
Respondiendo a los ritmos de los mundos lejanos;
El rumor que los bosques soberbiamente ancianos
Dan, como si debajo de largas sepulturas
Sintiérase crujidos de enormes coyonturas;
Las sordas evasiones de las razas, que arroja
El heroísmo nómade a la vendimia roja;

El ¡*han*! de los supremos designios, que se escucha
En el postrer hachazo que acabará la lucha,
Ya sea que se trate de un cedro o de un gigante;
Las torres que no alcanza con su talón triunfante
La horda; el trájico viento de las batallas;

todo
Lo que es grande, o solemne, o heroico de algún modo,
—Clamores de conquistas, rumores de mareas—
Va en esa gran columna de silencio i de ideas
Que el poeta ve alzarse desde las hondas grutas.

El Sol es su vanguardia!

—Por las eternas rutas
Que accidentan la historia, van los pasos enormes.
Es un largo desfile de tinieblas informes.

Mas, dominando aquella procesión tenebrosa,
El alba se levanta como una húmeda rosa
Cuyos pétalos caen en una lluvia de oro.
El poeta apostrofa con su clarín sonoro
A la columna en marcha; lo que dice, resuena
Como el flujo de bronce de una hornalla harto llena.
Tan fuertes son sus alas, que aquel ser de ancho aliento
Parece que en los hombros lleva amarrado el viento.
Es el gran luminoso i es el gran tenebroso.
La rubia primavera le elige por esposo.
El se acuesta con todas las flores de las rimas.
Las flores le dan besos para que él les dé rimas.
El sol le dora el pecho, ios le sonríe—apenas
Hai nada más sublime que esas sonrisas, llenas
De divinidad, que hacen surgir sobre la obscura
Silueta de los montes una inmensa blancura
Zodiacal.—Forja el hierro de su peto i su casco
La Paciencia en los yunques de una ideal Damasco,
I el Silencio custodia la hoguera donde amasa
Con bronce i sombra el verbo que templará en la brasa.

A fin de que los hombres alcancen con sus bocas
Su oreja enormemente sentado entre dos rocas
Como un afable cóndor les escucha; i los hombres
Creen que están a un mismo nivel, almas, i nombres,
I cabezas. Los grandes hombres i las montañas
Es forzoso que siempre estén de pié. Estrañas
Son las voces del antro a la cumbre. La oruga
Que esconde entre las hierbas su imperceptible fuga,
Ve al águila i opina: «eres un sér monstruoso,

Aguila¡»—En cambio el águila no ve a la oruga. Hermoso
I divino es el cielo porque es indiferente
A las nubes que le hacen mal. El cielo es la frente
De Dios, sobre la eterna serenidad suspensa:
Cuando se llena de astros i sombra, es que Dios piensa.
El cielo se repite en las frentes radiosas.
No importa que ellas sean claras, o misteriosas
O formidables, siendo capaces del martirio.
¡No de la infamia¡ Tanto vale rasgar un lirio
Como manchar un astro; el viejo Cosmos gime
Por la flor i la estrella con un amor sublime
I total. Grave enigma de amor¡ Esto consiste
En que el gran Sér no quiere que ninguno esté triste.
I el dolor, ese fuego que exalta todo nombre,
(Cristo sangriento, brilla; triste, suda como hombre).
Es un heróico vino que ignora la tristeza.
Hombres¡ no escupáis nunca sobre una gran cabeza.
No seáis mancha cuando pudierais ser herida.
El hierro sufre en lo hondo de la fragua encendida,
Pero hasta hoi nadie ha visto las lágrimas del hierro.

El poeta es el astro de su propio destierro.
El tiene su cabeza junto a Dios, como todos,
Pero su carne es fruto de los cósmicos lodos
De la vida. Su espíritu del mismo yugo es siervo,
Pero en su frente brilla la integridad del Verbo.
Cada vez que una de esas columnas, que en la historia
Trazan nuevos caminos de esfuerzo i de victoria,
Emprende su jornada, dejando detrás de ella
Rastros de lumbre como los pasos de una estrella,
Noches siniestras, ecos de lúgubres clarines,
Huracanes colgados de gigantescas crines
I montes descarnados como imponentes huesos:
Uno de esos enjendros del prodigio, uno de esos

Armoniosos doctores del Espíritu Santo,
Alza sobre la cumbre de la noche su canto.
(La alondra i el sol tienen de común estos puntos:
Que reinan en los cielos y se levantan juntos.)
El canto de esos grandes es como un tren de guerra
Cuyas sonoras llantas surcan toda la tierra.
Cantan por sus heridas ensangrentadas bocas
De trompeta, que mueven el alma de las rocas
I de los mares. Hugo con su talón fatiga
Los olímpicos potros de su imperial cuadriga;
I, como de un océano que el sol naciente dora,
De sus grandes cabellos se ve surgir la aurora.
Dante alumbra el abismo con su alma. Dante piensa.
Alza entre dos crepúsculos una portada inmensa,
I pasa, transportando su empresa y sus escombros:
Una carga de montes i noches en los hombros.

Whitman entona un canto serenamete noble.
Whitman es el glorioso trabajador del roble.
El adora la vida que errumpe en toda siembra,
El grande amor que labra los flancos de la hembra;
I todo cuanto es fuerza, creación, universo,
Pesa sobre las vértebras enormes de su verso.
Homero es la pirámide sonora que sustenta
Los talones de Júpiter goznes de la tormenta.
Es la boca de lumbre surgiendo del abismo.
Tan de cerca le ha hablado Dios, que él habla lo mismo.

Aquella gran columna se ha poblado de voces:

«Las cosechas profícuas esperan nuestras hoces.
Los metales, esclavos de inmutable obediencia,
Trazan la ruta. El indice severo de la ciencia
Señala el paraíso de la grandeza humana..

El yunque i el martillo, sí; mas no la campana.

La razón es el lábaro del ideal eterno;
La razón que no admite ni el cielo ni el infierno.
Dios es un viejo amo, desterrado monarca
Que agoniza en la inmensa desolación de su arca.
—Substituir la noche por la aurora i el falso
Culto por la evidencia de la luz; i el cadalso
Por el libro; ser astro, ser cumbre, ser progreso;
Sentir sobre la frente la dicha como un beso
Floral; prender al flanco de la tiniebla el rayo
Cual flamíjera espuela; contradecir el fallo
De los siglos; dar cimas a la conciencia augusta;
Romper los viejos moldes de la creencia injusta;
Confiscar a la sombra su vasto calabozo;
Anegar las tinieblas en un vasto alboroso;
Deshacer para siempre las coronas de espinas;
Sembrar modernas rosas sobre el altar en ruinas;
Desencajar las claves del formidable techo
Que encubre la sombría negación del derecho;
Bautizar con vitales perfumes toda frente;
Esprimir frescas uvas sobre el deseo ardiente;
Desafiar las borrascas con la altivez de un cedro
Secular; pedir cuentas a César como a Pedro
—« César que mata i Pedro que miente;—alzar la mano
Hasta la consagrada mejilla del tirano,
I con el mismo esfuerzo que inicie la venganza,
Ante el culto de muerte proclamar la Esperanza:
¡He aquí el nuevo dogma! Dios, lacerante yugo,
Es el primer tirano i es el primer verdugo.
La libertad le niega, la ciencia le suprime:
La libertad que alumbra, la ciencia que redime.
A destronarle, picas! Guerra a Dios! Muerte al mito!

—Mas ¿con qué váis, entonces, a llenar lo infinito?

No! la fe es la suprema reveladora. El mundo
Es un milagro eterno de fe. Lo que es fecundo,
O luminoso, o bello—amor, estrella, rosa—
Certifica el imperio de una ley misteriosa
Que combina la trama de los destinos, i hace
Converger los esfuerzos de todo lo que nace
Sobre un eterno foco que ejecuta y que piensa
Tal como el haz de músculos de una derecha inmensa.
La fe es uua montaña llena de precipicios.
En sus cavernas moran las larvas de los vicios:
Lo negro en lo monstruoso. Su cuesta es agria i dura.
En todas las montañas sólo la cima es pura.
La cima es el esfuerzo visible del abismo
Que lucha en las tinieblas por salir de si mismo.
El alma tiene una: Dios. Si el alma descuella
Sobre su propio vuelo, se reconoce en ella.

Pueblo, sé poderoso, sé grande, sé fecundo;
Abrete nuevos cauces en este Nuevo Mundo;
Respira en las montañas saludables alientos;
Destuerce los cerrojos del antro de los vientos;
Recoge las primicias de los frutos opimos;
Cicete la corona de espigas i racimos;
Desarma la muñeca i el calcañar del fuerte
Cuyos sobacos huelen a bravío y a muerte;
Funda en las nuevas aras los dogmas fraternales
Noblemente rodeados de nimbos siderales;
Borra de tus encias la hiel de todo insulto;
I haz que las hostias sean, en tu moderno culto,
No de carne sangrienta sino de dulce trigo.
El Tío Sam es fuerte. Arraigada en su ombligo
Tiene la cepa de Hércules. En su vasta cabeza

Hai no sé qué proyectos de una informe grandeza:
Aprende el recío canto que esfuerzan sus martillos;
Muerde con sus tenazas la cuña de tus grillos;
Pon en las ferreas ancas de sus locomotoras
Una gigante carga de nubes i de auroras;
Desflora con su hierro las cumbres familiares;
I alzándote desde esos gigantescos altares,
Proclama a Dios, en frente de las excelsas lumbres
Del Sol. Los arrabales del cielo son las cumbres.
Castiga, si hai infamia que castigar; nivela
Los antros, no las cimas; alza tu blanca vela
Sobre el egregio mástil de la fé; tiende al viento
Como un plumaje de oro todo tu pensamiento,
I abre a la aurora su alma como un bosque armonioso.
El astro de tu suerte flota en lo misterioso,
Algo, Como una sorda germinación que abraza
Con sus potentes vástagos la carne de la Raza,
Algo que sobre el monte de tus espaldas pesa
Cual la triunfante garra de un cóndor que hace presa,
Pretende libertarte de tu peñón sombrío:
Salvadora borrasca que sacude al navío,
Obscuras expansiones del oculto renuevo,
Alas que se presienten en la eclosión del huevo...
Tú eres el arca errante del abismo. Tu frente
Es el lecho de sombra del ideal naciente.
Los siglos te desean, pero tu alma está obscura
Todavía; la llama divina que fulgura
Sobre el total esfuerzo de las razas, no brilla
En tu cabeza. El árbol duerme aún en la semilla
Mas la semilla en lo hondo del porvenir vegeta.
De ella surgirá este átomo, este sol:

Un poeta!

Un poeta? Es preciso. Dios no trabaja en vano.

Cuando sobre las cumbres del pensamiento humano
La noche se constela de lejanos fulgores,
Cuando las grandes lenguas del viento dan rumores
Inauditos, i cuando sobre esas cumbres flota
La inefable caricia de una armonía ignota,
La luz presiente al astro, la fe presiente al alma.

Dios trabaja en el seno de una inmutable calma.
Pero las grandes voces: el trueno, el mar, el viento,
Dicen las predicciones de aquel advenimiento
—Yo escuché esas tres grandes voces: Dios ha querido
Que esas tres grandes voces sonaran en mi oído.
Dios ha dicho palabras a la hoja de hierba:

Pueblo de Nuevo Mundo, tú eres la gran reserva
Del Porvenir. Tu grave destino que medita
El vasto pensamiento de la sombra, palpita
Como el feto de un astro futuro entre el oleaje
De las Causas divinas. Tu frente alta y salvaje
Deja correr en olas pensamientos sombríos,
Tal como una montaña madre de muchos ríos.
Tus esperanzas, formas que en lo vago se mecen
Llenando excelsitudes luminosas, parecen
Una visión de torres bajo una alba dorada.
Allí está Dios. Su mano paternal levantada
Sobre el abismo, enseña las proficuas cosechas.
En su mirada de oro vibran sublimes flechas.
Su seno es inefable. Su poder no fatiga
Ni un pétalo de rosa, ni una antena de hormiga.
Vosotros los siniestros que le llamáis tirano,
Vosotros los campeones del ideal humano,
Vosotros los intérpretes austeros de la Vida,
Vosotros los apóstoles de la razón deicida,
Los que queréis derecho, libertad, luz, aurora,

Para todo el que sufre, para todo el que llora,
Para todo el que piensa, para todo el que canta,
Oh admirables rebeldes de la luz: si os espanta
Que Dios reine en sus cielos, que su grandeza impere
En todo lo que vive i en todo lo que muere,
Que su palabra, llena de celestes cariños,
Cubra de bendiciones las cunas de los niños,
Que el trueno de su boca desarraigue los montes,
Que el fulgor de su gloria llene los horizontes,
Que el rayo de sus ojos omnipotente, vibre,
¡Dejadle, por lo menos, que sea un hombre libre!...

—Los astros centelleaban de fulgores divinos,
I daban fuertes sones comó un bosque de pinos
Flameante cabalgado por el huracán, sones
Que flotaban cual nubes sobre los escuadrones
De aquella gran columna blasfema. El mar oía,
Oía la montaña, la selva, el antro, el día,
Presintiendo un cercano temblor de cataclismo
Ante esas formidables alarmas del abismo.
Aquellos sones eran las palabras de una ira
Tenebrosa que hablaba como el viento en la lira.
«¡El alma está en peligro!» clamaban. Desde el cielo.
Caían sordas lágrimas de sangre i luz; el duelo
De las sombras pesaba sobre la tierra inerte
Como un árbol sobre una meditación de muerte.
La Cruz austral radiaba desde la enorme esfera
Con sus cuatro flamígeros clavos, cual si quisiera
En sus terribles brazos crucificar al polo.
En medio de aquel trágico horror, yo estaba solo
Entre mi pensamiento i la eternidad. Iba
Cruzando con dantescos pasos la noche. Arriba
Los astros continuaban levantando sus quejas
Que ninguno sentía sonar en sus orejas.

Rugían como bestias luminosas, heridas
En el flanco, mas nadie sujetaba las bridas;
Nadie alzaba los ojos para mirar aquellas
Gigantes convulsiones de las locas estrellas;
Nadie le preguntaba su divino secreto;
Nadie urdía la clave de su largo alfabeto;
Nadie seguía el curso sangriento de sus astros... .

I decidí ponerme de parte de los astros.

---

# PRIMER CICLO

*HIC SUNT LEONES*

*(Anotación geográfica de un antiguo Mapamundi)*

## oda á la Desnudez

Qué hermosas las mujeres de mis noches!—En sus carnes, que el látigo flagela,—pongo mi beso adolescente i torpe,—como el rocío de las noches negras—que restaña las llagas de las flores.—Pan dice los maitines de la vida—en su rústico pífano de roble,—i Canidia compone en su redoma—los filtros del pecado, con el polen—de rosas ultrajadas, con el zumo—de fogosas cantáridas. El cobre—de un címbalo repica en las tinieblas,—reencarnan en sus mármoles los dioses,—i las pálidas nupcias de la fiebre—florecen como crímenes; la noche, —su negra desnudez de virgen cafre—enseña, engalanada de fulgores—de estrellas, que acribillan como heridas—su enorme cuerpo tenebroso. Rompe —el seno de una nube i aparece —crisálida de plata, sobre el bosque, —la media luna, como blanca uña—apuñaleando un seno; i en la torre—donde brilla un científico astrolabio,—con su mano hierática, está un monge—moliendo junto al fuego la divina—pirita azul en su almirez de bronce.

Surgida de los velos aparece—(ensueño astral) mi pálida consorte,—temblando en su emoción como un sollozo,—rosada por el ansia de los goces —como divina brasa de incensario.—I los besos estallan como golpes,—i el rocío que baña sus ca-

bellos—moja mi beso adolescente i torpe;—i jimiendo de amor bajo las torvas—virilidades de mi barba, sobre—las violetas que la ungen, esprimiendo—su sangre azul en sus cabellos nobles, —palidece de amor como una grande—azucena desnuda ante la noche.

Ah! muerde con tus dientes luminosos,—muerde en el corazón las prohibidas—manzanas del Edén; dame tus pechos, -cálices del ritual de nuestra misa—de amor; dame tus uñas, dagas de oro,—para sufrir tu posesión maldita;—el agua de tus lágrimas culpables;—tu beso en cuyo fondo hai una espina!—Mira la desnudez de las estrellas;—la noble desnudez de las bravías—panteras del Nepal; la carne pura—de los reciennacidos; tu divina—desnudez que da la luz como una lámpara—de ópalo i cuyas vírgenes primicias—disputaré al gusano que te busca,—para moderte con su helada encía—el panal perfumado de tu lengua,—tu boca, con frescuras de piscina.—Que mis brazos rodeen tu cintura—como dos llamas pálidas, unidas—al rededor de una ánfora de plata—en el incendio de una iglesia antigua. —Que debajo mis párpados vigilen—la sombra de tu sueño mis pupilas—cual dos fieras leonas de basalto—en los portales de una sala egipcia.—Quiero que ciña una corona de oro—tu corazón, i que en tu frente lilia—caigan mis besos como muchas rosas, — i que brille tu frente de Sibila—en la gloria cirial de los altares,—como una hostia de sagrada harina: —i que triunfes, desnuda como una hostia,—en la pascua ideal de mis delicias.

Entrégate! La noche bajo su amplia—cabellera flotante nos cobija.—Yo pulsaré tu cuerpo, i en la noche,—tu cuerpo pecador será una lira.

---

## á Histeria

¡Oh, como te miraban las tinieblas,—cuando ciñendo el nudo de tu abrazo—a mi garganta, mientras yo espoleaba—el formidable ijar de aquel caballo, —cruzábamos la selva temblorosa —llevando nuestro horror bajo los astros!—Era una selva larga, toda negra:—la selva dolorosa cuyos gajos—echaban sangre al golpe de las hachas,—como los miembros de un molusco estraño.—Era una selva larga, toda triste,—i en sus sombras reinaba nuestro espanto.—El espumante potro galopaba—mojando de sudores su cansancio,—i ya hacía mil años que corría—por aquel bosque lúgubre. Mil años!—I aquel bosque era largo, largo i triste,—i en sus sombras reinaba nuestro espanto.—I era tu abrazo como nudo de horca,—i eran glaciales témpanos tus labios, —i eran agrios alambres mis tendones,—i eran zarpas retractiles mis manos,—i era el enorme potro un viento negro—furioso en su carrera de mil años.

Caímos a un abismo tan profundo—que allí no había Dios: montes lejanos—levantaban sus cúspides, casqueadas —de nieve, bajo el brillo de los astros,—como enormes cabezas de kalifas;—describía Saturno un lento arco—sobre el tremendo asombro de la noche;—los solemnes reposos del Océano--desnivelaba la siniestra lu-

na,—i las ondas, hirviendo en los peñascos,—hablaban como lenguas, con el grito—de las vidas humanas que tragaron.—Entonces, desatando de mi cuello—el formidable nudo de tu abrazo,—buscaste ansiosa con tus ojos mártires,—mis torvos ojos que anegó el espanto.—Oh, no mires mis ojos; hai un vértigo—dormido en sus tinieblas; hai relámpagos—de fiebre en sus honduras misteriosas,—i la noche de mi alma más abajo:— una noche cruzada de cometas—que son gigantes pensamientos blancos!—Oh, no mires mis ojos, que mis ojos—están sangrientos como dos cadalsos;—negros como dos héroes que velan—enlutados al pie de un catafalco!—I aparecieron dos ojeras tristes—como flores del Mal bajo tus párpados, —i yo besaba las siniestras flores,—i se apretaban tus heladas manos—sobre mi corazón, brasa lasciva,—i alzábanse tus ojos en espasmo,—i yo apartaba mis terribles ojos,—i en tus ojos de luz había llanto,—i mis ojos cerrábanse, implacables.— i tus ojos abríanse, sonámbulos,—i quería mis ojos tu locura,—i huía de tus ojos mi pecado:—i al fin mis fieros ojos, como un crímen,—sobre tus ojos tímidos brillaron,—i al sumergir en mis malditos ojos—el rayo triste de tus ojos pálidos,— en mis brazos quedaste, amortajada,—bajo una etérna frialdad de mármol.

---

## los celos del Sacerdote

Obsta con densa máscara de seda—el cruel carmín de tu inviolada boca,—i la gran noche azul de tus pupilas,—i el cielo de tu frente luminosa. —Destrenza tus cabellos como un duelo—sobre tu nuca artística, oh Theóclea¡—(tus largas trenzas—peinadas por los besos de mi boca.)—I reviste la túnica de luto,—que cuando en torno de tus flancos flota, —parece que la noche se desprende—de tus hombros. Yo quiero con la loca—ansiedad de mis celos esclusivos,—solo para mis manos esa heróica—desnudez de tu seno, que aparece—como el orto de un astro; i esa gloria—de tu garganta que triunfal emerge,—como una copa—de acero, que los técnicos cinceles—labraron; i esa curva vencedora—de tu ebúrnea cadera que realza—la orquestal armonía de tus formas—bajo la gran caricia de la seda.—Cuando cruces (fantasmas, luz, estrofa),—por las ruinas que pueblan mi cerebro,—como la triste luna que corona—la trunca arquitectura de las nubes:—yo quiero verte envuelta por la sombra —de la máscara negra i tus cabellos,—i la fúnebre seda de tus ropas,—como la estatua Libertad que velan—cuando la patria está en peligro. Sola—en mi templo de amor, dame tus brazos,—que anegarán mi cuerpo cual dos ondas,—en turbulenta confluencia unidas,—i el beso que en los sabios sacrilegios—me dejas en

los labios como una hostia,—i el albor de tu seno en que culmina bajo—una tibia irrealidad de blondas —el orgullo ducal de un palpitante—pezón de rosa; —i la gracia triunfal de tu cintura,—como una ánfora llena de magnolias,—i el hermético lirio de tu sexo,—lirio lleno de sangre i de congojas.

I que solo tus manos se destaquen—en la noche de seda de tus ropas,— cuando estés en mis brazos victimarios—(¡deseado crucifijo de las bodas!) —I que solo tus manos sean vistas—por extrañas pupilas, cual dos tórtolas—que se aman blancamente, consagradas—por los besos exhautos de mi boca...—I que gocen los hombres del delito— de tus manos desnudas: oh Theóclea!

---

## la rima de los Ayes

Cuando te hablen del luto más amargo,—de las desolaciones más amargas,—de la amargura de las negras hieles,—de la negra agresión de las nostalgias,—de las almas más tristes y más torvas,—de las frentes más torvas i más pálidas,—de los ojos más turbios y más secos,—de las noches más turbias y más largas,—de las fiebres más bravas i más rojas,—de las iras más sordas i más bravas:—acuérdate del tétrico enlutado,—de la lira siniestra i enlutada—envuelta en negros paños, como un féretro,—llena de sones i de voces vagas,—cual si jimiera una alma tenebrosa—en el hueco sonoro de su caja.

Qué noche! Palideces de cadáver—tenían los fulgores de mi lámpara,—i como una grande ave prisionera—latía el corazón, allá en la estancia,—que estaba fría i negra, triste i negra;—negra con la presencia de mi alma!—De un rincón donde había mucha noche,—como un enorme horror, surgió un fantasma.—Acuérdate del ojo más opaco,—de la frente más livida i más calva,—del presagio más triste de tus sueños,—de un miedo estrangulante como garra,—de la angustia de intensa pesadilla—que se siente caer como una ilápida,—de la noche del Viernes doloroso...—I piensa luego en mí: ¡yo era el fantasma!

¡Ah, cuando oigas hablar de esos tormentos—cuyo amargor anega las gargantas,—que aprietan los sollozos delirantes—como filosos garfios de tenaza.—¡Ah cuando oigas hablar de esos delirios—que atormentan las vidas desoladas,—como los vientos nubios que atormentan—la desolada arena de Sahara. -¡Ah, cuando oigas hablar de esas pasiones—que vuelca el corazón como la lava—(candente sangre de las hondas vetas—que vuelca la erupción como honda náusea).—¡Ah cuando oigas hablar de esas angustias—que obscuros huecos en los pechos cavan,—cual la enorme espiral de remolinos—que perfora en los golfos la resaca:—diles que exige un lóbrego paraje—en la infinita latitud de mi alma,—con silenciosas noches de seis meses—cual la triste península Kamchatka.—Que allí vive la musa de los Ayes,—mi concubina desolante i pálida,—en cuyas carnes hostilmente frías—se quiebra la Intención, como una espada.—Que allí existe una cumbre siempre muerta—bajo el aire polar, i que se llama—Monte de las Tristezas, i que moran—familias de cipreses en sus faldas.—Que allí flotan lamentos de suicidas,—que allí humea una estéril solfatara,—donde están, capitales del Orgullo,—numerosas Pompeyas enterradas.—Que allí ruge una mar de ondas acerbas—que enturbian los asfaltos y las nafstas,—i que en ella las almas desembocan—los tristes sedimentos de sus llagas.—Que allí brama la fiera que está oculta—tras el perfil de la frontera atávica,—que allí ladran los dogos formidables,—que allí retoña en su raíz la garra,—que allí recobra la siniestra célula—todos los cienos de su obscura infancia!

¡Ah cuando oigas hablar de esos errantes—cuya leprosa piel quema i contagia,—cuando entres a esos lúgubres talleres—donde baten los hierros de las armas,—cuando sueñes que un sapo te acaricia—con su beso de almizcles i de babas,—cuando recuerdes a Luzbel llorando —un llanto cruel como collar de brasas:—acuérdate del tétrico enlutado,— de la lira siniestra i enlutada,—que vibra como un féretro sonoro—que mantuviese prisionera una alma;—de los sonoros féretros que vibran—cuallas liras siniestras i enlutadas,—del pálido siniestro que te besa,—del beso de huracán que hai en tu alma,—del huracán que pone con un beso—sus negros labios en tu frente pálida,—de la estrella i la noche:—de tu alma i de mi alma!

---

## nebulosa Thulé

Vamos, oh reina, unidos por los labios,—con la gran cabalgata de las fugas,—cuyas enormes yeguas—van abriendo la noche de las tumbas—con sus pechos de bronce, sumerjidos—como náufragas proas en la bruma.—Mi palacio es un féretro de plata—propicio a los ensueños de las nupcias;—un gran palacio lóbrego, más rico—que los Emperadores; una tumba—vibrante con las nobles armonías—que dan los vientos en sus liras truncas.—Une tu frágil esqueleto al mío—para soñar la vida, oh reina rubia!

Los astros son propicios; en el cielo—la Cruz del Sur sobre la noche apunta, —i la esplendente conjunción de Venus—favorece los lechos y las cunas.—El astrólogo hará sobre tu pelvis, —sagrario de marfil de mis angustias,—un signo heróico, i atará tu velo—con la estola ritual de su casulla. —I verás mis estrofas, relucientes—cual panoplias suntuosas, que las yuntas—de bravíos puñales ornamentan,—i danzarán mis odaliscas nubias —con las cejas doradas, i teñidas—en añiles cerúleos las uñas,—mientras la blanca dama de de Hohenzollern—un faisán de oro en su balcón despluma.—I me darás tus labios (oh tus labios—carnales i sabrosos como frutas,—viviendo en tu esqueleto descarnado!)—i sangrará una intensa

mordedura—sensual; i sobre el hierro de mi peto—reposará tucala vera rubia,—como imperial medalla de oro antiguo—con que condecoraron mi armadura;—i la triple cimera de mi casco—te dará el viento de sus grandes plumas.—i tras de las las ebúrneas costillas—(así dos aves que aprisionan juntas en una jaula de dorados hierros)—se verá palpitar como hojas mustias—nuestros dos corazones; i tus manos—sonarán en mis vértebras agudas,—i ambiguamente cubrirá tu velo—fúnebres suspicacias en la tumba.

I ante el cielo que anega—en azul de pupila la nocturna—serenidad cruzada por los orbes,—mientras canta la paz de nuestras nupcias—un soneto macabro, que instrumenten—catorce tibias huecas con su música,—mientras silba el cordel patibulario—i el esquilón la media noche anuncia: sobre el fiero carmín de mis heridas,— que honrarán luengas crónicas de lucha,—caerá el polvo de oro de tus besos;—i mirarán los seres de la bruma—bajo un sauce que crispa sus follajes—(como haciendo la rueda a las estrellas)—bajo un sauce que vela dos angustias,—unirse nuestros huesos, como rimas—de una estrofa completa, oh reina rubia:—Bajo un sauce de plata, protejidos—por el inmenso escudo de la luna.

---

## la vendimia de Sangre

En la hipnóptica selva de mi alma,—donde anudan sus cópulas los lobos,—donde teje su red la araña negra—i suda sus ponzoñas el euforbio,—está un gallardo paladín, herido—por la doble amenaza de tus ojos:—tiene abiertos los hierros de la cota—i en dos partido su blasón histórico,—zodiacal simulacro que domina—con su alto vuelo un gerifalte heróico.—Ese es mi corazón, el Maldiciente,—el que canta a los cielos tenebrosos—donde lloran en fuego las estrellas,—donde trazan fatídicos horóscopos—los cometas de cola formidable,—que abren la maravilla de su ojo—como enormes pescados del abismo.—Ese es mi corazón hinchado de odios,—como un estuche de terribles joyas—ávidas de punzar tu cuerpo de oro.

En las tinieblas cómplices perpetra—la vieja Eternidad alguna infamia.—Impresionando legendarias cítaras,—sueña en azul un ritmo de Alemania.—Hai felices allí; damas que lucen—el pudor insolente de sus gracias—i mancebos de vértebras pulidas—como engrasados ejes de bisagra.—Desfallecen las rosas ilusorias;—la noche se ha manchado de fragancias,—como una gran leona sometida—que acepta las pulseras de sus zarpas.—Hai un clarín que ahulla en las tinieblas—estridencias de cobre, que desgarran—el triste viento,

como un perro triste,—que llora a su hembra ante la luna impávida.—Esta es la noche de mis largas penas,—de mis penas tan hondas i tan largas,—que en ella han completado los otoños—su laboriosa floración de canas.—Ven a ver cómo sufro! como irritan—el humor deleitoso de mis llagas,—esas bocas que rien risas negras—bajo el frío albayalde de las máscaras¡—Hiéreme más con tus agudos ojos,—desplega en mí tu tiranía de águila,—(oh mi novia espectral que los jardines—en sábana de aromas amortajan!)—I cuando hundido en la imponente noche—como el escombro de una altiva estatua,—naufrague mi cerebro de una ensueño,—yo exaltará el cariño de tus garras,—como aprieta el cilicio a sus riñones—el lujurioso asceta den sus batallas.

¡Oh, la divina prenda de tus besos,—i la flor de tu carne en la mortaja,—i el olor de tu piel bajo mi boca,—i el valor de tu sangre i de tus lágrimas!—¡Oh, sufrir como un dios que se estremece—de verguenza i amor entre las garras—de una pantera virgen i asesina,—por su senil divinidad amada¡—¡Oh, gemir con el ansia inextinguible—de tus fluídos abrazos, con el ansia—de tu carne invadida por la piedra—de la virginidad fría y nostálgica¡—¡Oh, sentir que en la espalda envilecida—asienta el querubín sus piés de plata¡—i que tus piés de querubín se asientan—en la vil actitud de mis espaldas!...

---

## rosas del Calvario

Posada obre el pliego,—en el negro dintel de mis delirios,—está una inmóvil mariposa negra.—Es media noche; por sus largos hilos—descienden las arañas ponzoñosas; sobre el mundo dormido—cae el reflejo de una inmensa luna,—como el pálido lienzo que los vivos—echan sobre la faz de los disfuntos;—canta sus coplas de lujuria el Vicio,—quemando los fragantes alcoholes—que revuelven la hez de los fastidios.—Están dormidas las exhaustas núbiles;—los ensueños lascivos,—con sus vibrantes alfileres punzan—carnes que tienen floración de lirio.—Hai ásperas pimientas fidundidas—en la opaca redoma de los filtros;—un vasto desconsuelo en las estrellas;—una gran pena de mortales fríos;—un murmullo en los álamos simbólicos—que se alzan a la orilla del camino,—como un cortejo de delgadas viudas—veladas por el luto de los siglos.

Es que puedo llorar? Sombra i encanto!—las flaquezas del casto, que el delito—en la afición estéril exaspera,—no engendran más satánicos delirios—que este raudal de roedores lágrimas—en la cueva del tórax contenido—como el flujo de lavas en la roca;—que esta lúgubre pena, cuyo símbolo—es la tétrica sombra de la ojera—que entristece los pápados marchitos.—El agrio

cascabel de la Locura — martiriza cerebros que son limbos—donde flotan las formas del ensueño: —geometrías, vampiros,—blasfemias,—ninfeas, llagas, gritos,—restricciones ilógicas de cejas,—elipsis fugitivas, estrabismos,—garras,linternas, partos, agonías,—cuerpos trenzados en monstruoso idilio más trite que las uñas en las hienas,—que las calladas series de guarismos,—i que la decadencia de los faunos,—i que los indomables apetitos—que roe con intensa mordedura—la flamígera brasa del castigo.

Mi novia yerta viene:—es un callado lirio—que nació en la bondad de los sepúlcros—(Flor, Virgen, Alma, Espuma, Nieve, Símbolo),—lo frágil! Bajo el rayo de la luna—tiemblan las perlas de agua de su nimbo,—i una pálida luz de la otra vida—la envuelve como un manto de suspiros,— ¡Oye cual ladran los siniestros perros—a la asombrada noche! En lo infinito,—la estrella Aldebarán enrojecida—como un ojo ebrio de mirar asíduo— sobre el pliego la negra mariposa,—la estrella Aldebarán sobre el abismo,—el freno en las quijadas de los potros,—la escarcha en las espaldas de los tísicos,—junto a Dios ,dientes blancos que rechinan,—i agudos como triángulos, ladridos— de lúgubres mastines en el largo—pliegue del viento frío.

En el establo de Belén, María— sonríe al blanco niño,—con su doliente palidez de puérpera,— con su aromaa de flor del huerto bíblico,—Así mi triste novia sonreía—profanada al fulgor de cuatro cirios,—que se fundían como cuatro lágrimas—

bajo un gran simulacro de martirio;—bajo el enorme sueño del espacio, —en frente de mi espíritu,—que era tal la mariposa negra —posada en el dintel de mis delirios.

———

## metempsicosis

Era un país de selva i de amargura,—un país con altísimos abetos,—con abetos altísimos, en donde—ponía quejas el temblor del viento.—Tal vez era la tierra cimeriana—donde estaba la boca del Infierno, — la isla que en el grado ochenta i siete—de latitud austral, marca el lindero— de la líquida mar; sobre las aguas—se levantaba un promontorio negro,—como el cuello de un lúgubre caballo,—de un potro colosal, que hubiera muerto—en su última postura de combate,—con la hinchada nariz humeando al viento.—El orto formidable de una noche—con intenso borrón manchaba el cielo,—i sobre el fondo de carbón flotaba—la alta silueta del peñasco negro.—Una luna ruinosa se perdía—con su amarilla cara de esqueleto—en distancias de ensueño y de problema;—i había un mar, pero era un mar eterno,—dormido en un silencio sofocante—como un fantástico animal enfermo.—Sobre el filo más alto de la roca,—ladrando al hosco mar estaba un perro:

Sus colmillos brillaban en la noche -pero sus ojos no, porque era ciego.—Su boca abierta relumbraba, roja—como el vientre caldeado de un brasero;—como la gran bandera de venganza—que corona las iras de mis sueños;—como el hie-

rro de una hacha de verdugo—abrevada en la sangre de los cuellos.—I en aquella honda boca ahullaba el hambre,—como el sonido fúnebre en el hueco—de las tristes campanas de Noviembre.—Vi a mi alma con sus brazos yertos—i en su frente una luz, hipnotizada—subía hacia la boca de aquel perro,—o que en sus manos i sus pies sangraban—como rosas de luz, cuatro agujeros;—que en la hambrienta boca se perdía,—i que el monstruo sintió en sus ojos secos—encenderse dos llamas, como lívidos—encendios de alcohol sobre los miedos.

Entonces comprendí (Santa Miseria!)—el misterioso amor de los pequeños;—i odié la dicha de las nobles sedas,—i las prosapias con raíz de hierro;—i hallé en tu lodo gérmenes de lirios,—i puse la amargura de mis besos—sobre bocas purpúreas, que eran llagas;—i en las prostituciones de tu lecho—vi esparcidas semillas de azucena,—i aprendí a aborrecer como los siervos;—i mis ojos miraron en la sombra—una cruz nueva, con sus clavos nuevos,—que era una cruz sin víctima, elevada—sobre el oriente enorme de un incendio,—aquella cruz sin víctima, ofrecida—como un lecho nupcial. I yo era un perro!

---

## antifonas

Cual las alas de un cisne nuestras canas
Han cubierto el sepulcro de las frentes
Cual las alas de un cisne nuestras canas.

Ha perdido su manto la azucena
Como una triste novia, en breves dias
Ha perdido su manto la azucena.

La harina de las hostias profanadas
Su mistica substancia ha recobrado
La harina de las hostias profanadas,

La carne material, la carne triste,
Como una viña temporal se agota
La carne material, la carne triste.

La sabana amorosa i la mortaja
Son análogos lienzos de sepúlcro
La sabana amorosa i la mortaja.

Emigre la semilla de la siembra
Del genésico horror de las matrices
Emigre la semilla de la siembra

Como el pudor de la vejez es pálido
Conservemos su frio, porque el frío
Como el pudor de la vejez es pálido.

Tus brazos apretados a mi cuello
Son dos gajos de zarza flagelante
Tus brazos apretados a mi cuello.

Mis besos, son agudas disonancias
En tus nervios hostiles repercuten
Mis besos, con agudas disonancias,

Corriendo por tu piel ya diferente,
Como gotas de asogue incoercible
Corriendo por tu piel, ya diferente

Unidas nuestras mútuas iniciales
En el gran corazón de las encinas
Unidas nuestras mútuas iniciales

Permanezcan ocultas a los años,
En inviolable cópula juntados
Permanezcan ocultas a los años.

En las tibiesas de una noche, suave,
Como los bellos de una tigre negra,
En las tibiesas de una noche, suave,

Duérmete sobre el mármol de mi pecho
Como la reina de una historia antigua
Duérmete sobre el mármol de mi pecho.

Yo verteré por tí, lágrimas blancas
Como larga caída de azahares
Yo verteré por tí lágrimas blancas.

Yo pondré una luciérnaga nocturna
Cual minúscula lampara en el túmulo
Yo pondré una luciérnaga nocturna.

En las cúspide enorme de un madero
El Angel Blanco de terribles alas
En la cúspide enorme de un madero.

Para matar mi amor blasfematorio
Que como un negro Gelbóe descuella,
Para matar mi amor blasfematorio

Mi lengua clavará como una estrella.

---

# REPOSORIO

## salmos del Combate

Escuchas? Mientras lloras i suspiras,
Enardecen los bravos acicates
Al palafrén de jenerosas iras,
I triunfa en las estrofas i las liras
La época militar de los combates.

Ardua es la ruta de las nuevas zonas
Es que el dolor a combatir obliga,
Despojando de palmas las coronas,
Como el recio molar de las tahonas
De sus féculas dulces a la espiga.

Deja el pomposo harem de tus sultanas;
Ya han bajado al estadio las atletas.
Ya cantan las huestes soberanas
El pregón victorioso de las dianas,
Con sus claras gargantas las trompetas.

Deja el triste laud de los amores.
Resuella en los clarines de tu rima.
Yo estoi en el tropel de luchadores:
La corona que ciño no es de flores
Es de zarza de Horeb. Quema i lastima!

Hai un timbal de Momo en cada empresa
I una cola de lobo en cada hazaña.
Si el abismo a tu paso se atraviesa,
Como los nobles pájaros de presa
Guarda intacto el honor de tu montaña

Ven! El combate purifica al fuerte.
La espuma nace del furor de la onda.
Si alevoso error tu sangre vierte,
Canta el aria del triunfo ante la muerte
Como el grupo inmortal de la Gironda.

Alzate como enhiesto centinela
Sobre la noche hostil, ante los odios.
Alzate i calza en el talón la espuela.
Ya está pronta la heroica escarapela
Que premia los gallardos episodios.

Ya el bardo de las tristes serenatas
Ofrece al triunfo su clarín sonoro.
I en los pendones de las luchas gratas,
Flamean agresivos escarlatas
Donde embravece el Sol cóleras de oro.

---

# SEGUNDO CICLO

*...No hagáis mal a la tierra, ni a la mar, ni a los árboles, hasta que señalemos a los siervos de nuestro Dios en sus frentes.*

(San Juan).

## el hijo del Hombre

El desierto,—el desierto donde cae la fatiga de una noche enorme i trájica,—i la luna como un cobre de voraz orín mordido,—en las nubes montañosas quiebra sus cuernos de plata,—en las nubes tenebrosas como un crimen,—en las nubes mudas, mudas ... altas, altas ...—El desierto donde tiemblan los orgullos moribundos—de las tardes; donde pálidas—lloran lágrimas de sangre las desoladas auroras,—donde el viento sueña enormes pesadillas de fantasmas,—donde exhalan sus rujidos—las angustias de las leonas preñadas,—donde beben turbias sales las rabiosas—zarzas,—donde espiran los camellos olfateando la odre enjuta—bajo el trémulo esqueleto de las palmas.—El desierto,—i la luna inmensa i trágica:—i la luna,—i la luna de una lívida aflicción amortajada,—sobre el desierto incendiado por la fiebre de los soles,—pasa—toda triste,—toda triste i trágica,—triste y trájica la luna—en su sueño luminoso de sonámbula.

Una roca culminante—como una ara.—Una roca donde a veces—vieron los siglos clavado el marcial perfil de una águila.—De rodillas—está un hombre con las manos levantadas,—i de sus ojos absortos—como dos salobres lagos, se

derrama—la amargura de esos llantos que son flujos,—de esos llantos que son flujos de interiores puñaladas.—Ora al Padre.—Ya están cercanos los días de la sangre; ya las palmas—del martirio reverdecen en los dátiles sombríos,—i la vieja Sinagoga está en alarma.—Ora el triste Jesu-Cristo con los codos apoyados en la roca,—i sus codos sangran—en las rojas asperezas de la roca, i en sus labios—irritados como brasas,—hai un vago resplandor fosforescente—que relumbra en las tinieblas agitadas.—Los cabellos sobre el rostro están tendidos,—cual la angustia de una noche de dolor sobre una trájica—fiebre; duermen en su pecho los cuarenta días tristes,—i su corazón se alza—en el fondo de su pecho como cumbre envuelta en nieves;—i la luna cómo lúgubre sonámbula,—toca el flanco de la roca con un rayo largo i triste,—i la sombra de la roca sobre el arenal se alarga,—i la sombra del Profeta—es más larga que la sombra de la roca que se pierde en la distancia...—I la luna se hunde,—i la sombra baja, i la sombra —baja; -i en el fondo de la sombra,—Jesu-Cristo llora i ora con las manos levantadas , -i sus labios irritados resplandecen—con la sed de las vijilias solitarias,—con las hondas languideces del ayuno—que sus ojos iluminan con centellas extrahumanas, -mientras vienen los leones—de las eternas montañas,—a apagar su sed lamiendo con sus rojas lenguas húmedas—la amargura de su inmóvil lengua pálida.

El destierro,—i la luna triste i trágica;—i las nubes montañosas sobre el pórtico lejano de los

cielos;—i el Profeta con los ojos en la luz de las montañas,—ora al Padre sobre el crimen de la tierra, -i la tierra pide sangre con sus bocas de venganza: —con la boca de los montes encendidos,—con la boca de los mares que interrogan el misterio de las playas...

---

## los Arboles

En el crepúsculo cruzan brigadieres gigantescos,—en las nubes,—en las nubes malva i fuego;—i sollozan viudeces efímeras en las nubes,—desatando largas lágrimas i velos—largos; pasan por la sombra —los brigadieres del viento—,i prendidos a los flancos de sus potros los relámpagos—de las espuelas; soberbios,—los torreones de las nobles capitales de las nubes—se enderezan en la gloria de un incendio,—como larga teoría de magníficos abades— a los hornos del martirio se dirijen en silencio;—como yeguas desgreñadas que se agolpan—a beber el oro líquido de los rutilantes piélagos;—como ofrenda de magnolias gigantescas—al redor de un tabernáculo desierto;—como pira de amazonas degolladas—que confunden las heridas desnudeces de sus cuerpos;—como tempestad de mármol—en el fondo de un brillante pensamiento.—I galopan —los enormes caballeros,—con sus sables—i sus petos,—i la noche—va cayendo —en el hueco del crepúsculo—como un gran cadáver—negro.—I es un órgano de músicas lejanas —el viento;—es un órgano de sones encantados, —i en su seno—se estremecen rotaciones de gigantes maquinarias,—i galopes de espantosos rejimientos,—i mecánicas de bárbaros lenguajes,—i estertores espasmódicos de enfermos;—en el órgano,—en el órgano del viento.

I en el cielo tenebroso,—en el cielo,—se esfuma la Vía-Láctea cual la sutura de un cráneo—negro.— —I es el cielo tenebroso una flor llena de sombra, —una flor viva regada de palpitantes luceros,— i en la lúgubre ribera de la noche—con su gran paso de seda va el Silencio.—I la Tarde va a sentarse resignada—bajo los sauces espesos,—muda i pálida la Tarde, — una mujer muda y pálida que tiene llenos de brisas los cabellos; — bajo los sauces doblados — cual banderas a media asta sobre un duelo,—para oir cantar las blancas agonías de los cisnes,—para ver como se anula ela caída de los pétalos.—I los lirios se despiertan en la tierra,—i los astros se iluminan en el cielo,— i de los cálices blancos se levantan—los suspiros de los muertos,—i regado de sangrientas —rosas, el monte de nubes va arruinándose a lo lejos.

Esta es la hora en que los árboles, con sus carnes devoradas por las hachas,—se revisten de misterio. —I cómo lloran sus hojas—por el crimen de las hachas como párpados sangrientos!—Cómo sufren con sus almas silenciosas, —del adiós que dan los días en el linde del desierto!—Su plañido de mil años se desata cada tarde,—como la humedad siniestra de los dolientes pañuelos,—su plañido que se queja del martirio de las hachas,—en los profundos ropajes del Silencio:—mientras las llagas reviven—en sus temblorosos cuerpos—(¡oh las llagas sollozantes bajo el filo de las hachas!—oh las llagas de los vástagos abiertos!)—i la noche— va poniendo—como una ancha—caricia de terciopelo,—con sus manos gigantescas que salen de los crepúsculos,—en el lívido terror de sus cabellos.

## las Montañas

Va la luna —dominando los paisajes—como una ave de alas cándidas en anuncio de asunciones,—que pasa abriendo el sereno cristal de ilusorios mares,—lentamente—sobre la honda majestad de los paisajes.—Va la luna—por el linde de los piélagos distantes,—i la noche está pintada—cual la piel de los jaguares;—i se mira, como flota—arboladas de mil mástiles,—vastas selvas anegadas—por los reflejos lunares;—i se ve las selvas náufragas que parecen ir flotando—con silencio de cadáveres,—en el trémor de unas grandes aguas pálidas—que á manera de anchas sedas amortajan a los árboles.

Bajo los altos silencios—de los aires,—en un diálogo sombrío con el viento—dan gemidos las montañas con su lengua inesplicable.—Han pasado mil inviernos, han venido mil veranos,—i las nieves caen, caen,—i su beso es frío i triste,—i se cuaja en dura escarcha bajo el viento de las tardes,—bajo el viento que desgarra en sus mil garras —el encanto de su traje,—de su gran traje de bosque.—I a manera de viudas seculares—que enmudecen en su pálida indijencia,—las han visto los patriarcas de las épocas distantes,—adherido a sus cinturas—con un cíngulo de espinas su amplio

traje,—i desnudados sus bustos por el beso de la nieve,—(casto i malo, casto i grave,)—lastimadas bajo el peso de sus corazas de piedra,—o mordidas por la ignivoma dentadura de los cráteres,—siempre abiertos como llagas, gigantescas—como llagas luminosas en aquella enorme carne.

¡Oh cuan fríos son los besos de las nieves,—de las nieves que ensangrienta la agonía de las tardes,—i cuán largo es el martirio que tortura aquellas rocas—bajo el vuelo indiferente de las águilas salvajes,—en la desnudez eterna de los silenciosos cielos,—en la grande orquesta de órganos de las negras tempestades,—en la enorme decadencia de los siglos transcurridos,—en las noches armoniosas como cíclicos cantares¡—Sus entrañas—dan las aguas de los ríos i los valientes metales,—i los pájaros anidan a la sombra de su bosque,—i las fieras se guarecen bajo aquel enorme traje;—i los astros las contemplan desde lo alto de las noches—como a gigantescas madres,—i se quejan como torrentes las montañas—al silencio misterioso de los valles.¡—En las horas de los sueños i las nieblas,—su alma volcánica surge como un respiro gigante,—i sentada en los linderos de la noche—habla al viento que dormita bajo el techo de su bosque formidable;—habla al mundo i oye el mundo sus lamentos,—sus lamentos más eternos que los mares—sus lamentos que se quejan del castigo de las nieves,—despertando las tristezas desgreñadas de los, árboles,—i las ruinas que se elevan como fúnebres orquestas destrozadas—en los valles.

## la Mar

En la costa dentellada—rueda la Mar sus espumas que sollozan en la orilla, — su noble fimbria de espumas,—crespa fimbria,—como las mansas melenas de un león encanecido,—bajo el doméstico peine de su domador tendidas.—El sol huye a las distancias—de la soledad marina,—i parece una gran rosa deshojada—sobre la rota opulencia de las nieblas; una brisa,—llena de alas emigrantes —i de asperezas salinas,—cruza la pálida tarde— como un suspiro de víctima.—I las olas van gruñendo con sus férvidos pulmones,—cual las odres armoniosas de una enorme sinfonía,—i es un gran jemido heróico lo que viene de las aguas,— a mover el alma impávida de las rocas de la orilla. —Es la Mar, la hembra jadeante,—que sus hondos nervios crispa.

Cuando sus pulsos acordes como octavas gigangantescas,—con el ritmo de los astros armoniza,— —i desborda sus sonoras marejadas—como un ímpetu de crines sobre el nudo de las bridas:—cuando al soplo de las trombas—sus tonantes cabalgatas precipita,—i al ijar lleva adherida como un látigo silbante la vibrante—brisa;—i se escucha los millones de palabras —con que arguyen los oleajes al silencio de la orilla;—i la noche va emerjiendo del terror de las distancias,—i al horizonte

inflamado silenciosa se encamina,—como una ancha mariposa de terciopelo, a abrasarse—en la gigantesca lámpara del ocaso que agoniza:—la Mar, sobre los cantiles—de la costa inmensamente se encabrita,—i en su vientre maternal lloran las perlas,—i el confuso advenimiento de las vidas—riega su matriz de flores,—i de fósforos rielantes la ilumina,—i el misterio de los gérmenes en los plácidos silencios—de las aguas, tiene nupcias de amatista.

Y la Mar, sus grandes pechos—de sirena echa a la orilla,—i los muerden los peñascos,—i las ásperas arenas los lastiman;—i es entonces cuando se oye la gran voz de los abismos,—que se queja de la orilla,—i es un martirio de olas—el martirio de la mar estremecida,—que en las rocas de la tierra va a estrellar perpetuamente—las desnudeces benignas—de sus pechos espumosos—que las peñas formidables martirizan.—I los ríos caen, caen en su seno tempestuoso—cual sollozos prolongados, i los ecos de la orilla,—son lamentos de un martirio inextinguible,—del martirio de la Mar que se encabrita—en los bárbaros amores de su lecho de corales,—sobre el ara de las rocas de la orilla,—destrozándose los pechos gigantescos—en las hondas convulsiones del insomnio de su gran cuerpo de víctima.

---

## el Carbón

En el seno de la fragua toda roja—como una granada abierta,—arde el negro corazón hecho pedazos,—corazón caliente i noble de los montes de la tierra;—i las ascuas se desgranan como rotos aderezos—de una garganta sangrienta,—en el horno trepidante—que de fiebres tempestuosas centellea,—en el horno,—en el horno donde estallan los cabestros de las fuerzas.—I del negro corazón de las montañas—surgen quejas,—que parecen subterráneos murmullos—de cadáveres de selvas, —que vivieron bajo el peso de las cálidas atmósferas—en la noche primitiva de las épocas.—I son voces —que recuerdan;—i en las ascuas encendidas—se despierta—la vitalidad flameante de los soles estinguidos,—que durmiera diez mil años en el alma de las leñas.

En las noches—que el silencio de la luna como una ánima siniestra—cubre, en las noches que el cielo —como un éxtasis suspende sobre el sueño de la tierra,—en las noches luminosas como Iliadas, surge el largo—tormento de las hogueras,—incendiadas de fogosas pedrerías que se anudan—como suntuosas culebras;—i el dolor de las hogueras estremece—la profunda compasión de las tinieblas, —guarecidas en el fondo de los bosques—por

el miedo de la luna que los lagos con su limpia lata riega. —Como una flameante pixide llena de heróicos fervores,—la hoguera,—al respiro de los vientos se reanima—i sus bárbaros martirios acrecientan;—i los vientos—exasperan—la honda sed, que devorando la gran pompa de sus llamas,—la tortura con febril incandescencia,—con feroces mordeduras de ascuas rojas,—de ascuas bravas, de ascuas vivas como luminosas lepras.—I son voces—que recuerdan—esos lúgubres jemidos—de la hoguera:—Son las voces de las selvas sumergidas —en la tumba secular de las arenas,—los gemidos de los vientos prehistóricos—que guardaron como tumbas las cortezas,—la expansión de los incendios que torcieron las raíces de los montes,—i doraron los metales del tesoro de las vetas,—conmoviendo con rumores de grandes pasos de hierro, —la solemne arquitectura del portal de las cavernas.—I cuál llora el corazón de las montañas—su martirio generoso desde el seno de la tierra! —I sus llantos son de brasas (lágrimas de oro flamíjero)—I aquel gran corazón mártir despedaza su grandeza,—en el bárbaro suplicio de las fraguas, —aquel gran corazón mártir de los montes de la tierra,—que en su herido seno guarda transformadas en diamantes,—almas de estrellas...

---

## las Vacas

Noche i bosque en la montaña:—bajo el lóbrego despliegue de la sábana de hojas,—cual si fuera un cuerpo inmenso—reposa—el Silencio con sus tristes desvaríos sepulcrales,—en el terror metafísico de la noche de las frondas.—En un paisaje de árboles—que en un vago claro obscuro se recortan,—como un haz de pesadillas—en que alternan una víbora—i una horca,—una víbora—i una horca,—i un triángulo i una lúgibre armazón de truncos fémures,—i una víbora i una horca —I el cielo abre su profunda majestad sobre la tierra—como un gran tonel de sombra.—Flota el sueño de los bosques—impregnados de la gran estenuación de las aromas,—en el seno de la noche como un feto agonizante,—en color de niebla el sueño de la selva misteriosa,—donde tienden los crepúsculos el ajuar inmaculado—de sus sedas melancólicas.—Hai un árbol en la selva,—un árbol de largas hojas,—vieja lira de los vientos —denso palio de los sueños de la sombra.—I hai una ancha mancha roja, –junto al vivac de una nómade caravana moabita—que durmió cuarenta noches con su tropa—de grandes bueyes arábigos,—al amparo de la sábana de hojas.—I la sangre es de una vaca degollada—cuya lúgubre osamenta se disputan las raposas.—Derrepente rompe el sueño de los bosques—un mujillo negro i hondo, negro i lleno de misterio i de zozobra,

—como el lívido sollozo de una viudez herida—que lancea el largo flanco de la sombra,—en un coro tan solemnemente negro,—que parece que se llena de una inmensa pesadilla la montaña misteriosa.

Son las vacas que han venido a media noche, —olfateando en las distancias de la sombra,—el sutil olor de muerte que levantan de la tierra—mojada por el deguello, las frescuras de la fronda. —Con pesados trotes llegan —las salvajes plañidoras,—en la niebla que envolviendo los zarzales —flota—,absorbiendo los cuajados alientos de sus narices,—que sobre la muda tierra con ronco estertor sollozan.—I destilan grandes lágrimas—llenas de candor salvaje, sus pupilas soñadoras, —i la sangre derramada se humedece—empapada de jemidos i congojas.—El terror de los silencios,—huye a pasos gigantescos por las rocas,—i la noche, destrenzando sus cabellos de tiniebla, —como una enorme palmera sobre aquel dolor se encorva.—¡Oh cuán largo es ese llanto de las hembras desoladas,—sobre el húmedo deguello que en la tierra erial se borra,—junto al noble trono de águilas con que alcanzan a los astros—las rocas! —El siniestro bosque atiende con sus mil lenguas inmóviles—el clamor de las salvajes plañidoras, —tan inmenso, tan salvaje, tan inmortal, tan desolado,—que estremece en sus alturas las cornisas de la sombra.—El clamor con que las vacas de la selva—lloran—su duelo, (en la noche náufraga sobre los montes) su duelo,—sobre una ancha mancha roja.

## las Nubes

Con los costados abiertos por flamíjeras lanzadas,—van cayendo en los desmayos vespertinos —las nubes.—Van cayendo sobre un alto crucifijo—que en el fondo de una hoguera abre los brazos,—i como un árbol invicto,—traza el linde de la inmensa ruta de ópalo—que se abisma en los crepúsculos convulsivamente lívidos,—de la inmensa ruta de ópalo que en los días fabulosos, —despertó los grandes éxodos de los nómades antiguos. —Van cayendo —sobre un alto crucifijo —las nubes.—Van cayendo, van cayendo en el martirio,—i los pálidos silencios superiores los escoltan—por el cristalino frío—de los aires, i los bravos escarlatas del ocaso,—aprontan lechos de brasas a sus cuerpos hialinos,—i sobre el ocaso cuelgan las nubes crucificadas, —como harapos de banderas sobre los oros sonoros de los himnos.

Cuando enderezan sus crines, las borrascas tenebrosas,— i los cielos se desgajan como selvas, i el silbido—del viento vibra incesante, como una flecha tan larga—que en una noche no acaba de cruzar sobre el abismo;—i galopan cabalgatas invisibles—por los ámbitos confusos de los limbos, —i los relámpagos se abren como pórticos de crimen—sobre lúgubres Palmiras, entre escombros de obeliscos: —van las nubes a estrellarse en las montañas—como largos buques náufragos, con lamento nunca oído,—i sus cuerpos se desgarran

en las rocas—asperamente elevadas ante el paso de los siglos.—Son las nubes que bebieron el aliento de los mares—en sedientas caravanas, son las nubes del rocío,—son las nubes de la lluvia bienechora,—que conducen el consuelo celestial de los bautismos—a los nobles cedros (pródigos—de coronas) que coronan la ancianidad de los Libanos, —i a los reales—lirios,—que en efímeros noviazgos se consumen—bebiendo sus blancos éxtasis en el temblor de un suspiro.

¿Porqué vinieron los vientos—a arrastrarlas en sus brazos convulsivos,—para echarlas en la hoguera de los soles,—para herirlas en las rocas de los páramos sombríos,—para hundirlas en la sombra de las noches borrascosas—emerjidas como selvas del abismo?—Ellas quieren—el azur resplandeciente, que como un solemne rio—las mece sobre los cerros, opoluntemanete blancas,—el azur de los silencios infinitos,—donde bogan coronadas por el sueño de alguna águila dormida—que cobija con sus alas el silencio de los cielos vespertinos.—Por eso lanzan sus quejas —desde lo alto de las rocas esculpidas por los siglos,—enredando sus furiosas cabelleras —en los brazos asesinos del viento;—en los largos brazos fríos—que las llevan sobre el vértigo arrastrando sus cabellos líquidos;—sus cabellos que en las púrpuras solares —se empaparon de oro vivo,—sus dolientes cabelleras —i sus cuerpos vaporosos que pasan sobre los picos—cual sueños tentaculares—sobre inmóviles espíritus,—con las mudas cabelleras incendiadas de relámpagos,—con las mudas cabelleras empapadas de jemidos.

## el Viento

Como una—gran yegua negra que aparece por el fondo—visionario del crepúsculo, i del cuello ornado de inmensas—crines, estiende, empapándolo en los largos flujos rojos—del Poniente; como una—yegua negra en cuya grupa sienta su triste abandono,—una inmensa mujer blanca de cabellos luminosos:—la Noche viene, turbada de pensamientos solemnes—i de jemidos heroicos,—que van quedando prendidos en las ramas de los sauces como agonizantes pájaros—de oro.

Es el viento eso que jime—en el alma de la noche con un gigantesco soplo,—es el viento—que monologa a lo largo de los profundos insomnios,—las palabras de una lengua formidable,—quebrantada de sollozos;—el viento,—que adherido cruza a veces a los flancos de los potros,—que empujando cruza a veces los sonantes carros de armas,—que las tormentas arrastran con grandes trotes de bronce por el fondo—de montañas bajo enormes estandartes luminosos.—Trae el viento los jemidos de las tumbas olvidadas—que eternizan el reposo—de los largos esqueletos, cuyas ánimas terribles,—duermen debajo las lenguas cadavéricas, en hondo—cautiverio de silencio, como larvas tenebro-

sas.—Trae el viento los jemidos de las hojas del Otoño,—de la gran caída de hojas—que desnuda el fuerte cuerpo de los troncos,—hojas tristes que humedece la tristeza de los largos trajes viejos. —Trae el viento el misterioso—jemido de las angustias—que desgarran las entrañas de los lobos. —Trae el viento los jemidos—con que dan los moribundos sus almas a los grandiosos—brazos de la Muerte, largos como la esperanza, largos—como —una vajilla astronómica, como el brillo de la estrella—que tienen fija los ciegos en el limbo de sus ojos.—Trae el viento los jemidos—de las víctimas que mueren sin socorro,—bajo la afición estéril de los compasivos cielos,—bajo las heridas mustias como ajados heliotropos—(¡para qué dejaron irse toda su sangre!) rujiendo—con sus tristes vientres rotos.—Trae el viento—los jemidos de los tétricos suicidas cuyos heroicos—cuerpos danzan a la sombra de los álamos la Danza—de la Cuerda, bajo el viento de sus lóbregos—cabellos que los follajes apaciguan con estraños—soplos.—Trae el viento los ahullidos de los perros—los ahullidos infinitamente hondos,—con que hablan a las visiones de estatura larga y frágil,—cual suspiros caminantes bajo lúgubres paraguas hiperbólicos. —Trae el viento los jemidos de las pálidas ciudades—desoladas por la Peste, con sus templos silenciosos,—i sus calles donde miran largamente a las estrellas,—los muertos desamparados, con sus pupilas cuajadas i sus rostros—que la luna galvaniza desde el cielo,—llorando sobre las lágrimas apagadas de los ojos,—sobre el canto de los gallos, en la noche luminosa—como un templo cuya bóveda ha entreabierto un terremoto.

Así pasa el ancho viento,—así pasa por el fondo—de la noche,—sosteniendo las tinieblas gigantescas en sus hombros;—así pasa,—con su traje de jemidos lamentablemente roto,—desatando inverosímiles cabellos—a la sombra de los árboles sonoros,—el viento;—que es el enorme sollozo—que la tierra perpetúa sobre el arpa de los bosque,—largo i hondo,—largo—i hondo,—sobre el arpa de los bosques entre cuyas largas cuerdas,—va arrastrándose el sollozo,—largo, largo, sobre el arpa; largo, largo, entre las cuerdas; largo, largo—i hondo...

---

# REPOSORIO

## laudatoria á Narciso

Tomaré de tí ejemplo en firmeza i constancia
De corazón, mis manos lavaré en tu fragancia,
Para oficiar el rito que alumbra la amatista
Con su ojo minervino, sobre un altar ipsuista.
Diré como moriste de amarte, en el completo
Deleite de la consunción, i diré el secreto
Que tus muslos ocultan al placer fornicario,
Así como las puertas ebúrneas de un santuario;
I la virtud del fuego que animó tu estructura
Carnal, hecha de sangre, de lirio i de amargura;
I el elogio de tu alma, que surgió de la nieve,
De tu agonía en una flor de vida asaz breve.

La onda (fuga, frescura,) con un líquido beso
Acarició tu imágen largamente. En el yeso
Plástico sus ambiguos dedos puso un esteta
Para esbozar la estatua que nunca fué completa.
Oh, dame las propicias lumbres del Arte sacro,
I así en mi carne pueda fijar tu simulacro;
I así mis devociones, con un fervor intenso,
En patenas de plata se ofrenden el incienso;
I así mi sangre, viña de esplendores divinos,
Se nutra con la propia substancia de sus vinos;
I así envuelva mi cuerpo, de amor enajenada,
Como una larga cinta de seda mi mirada.

yo vi que en la siringa de los arpejios sabios

Penosamente inflábanse los soplos de mis labios,
I en el delgado cauce puse la flauta rústica.
Entonces fué el encanto de una agradable acústica:
Pues al pasar el hilo de agua de la fuente
Por los diez agujeros, consecutivamente,
Dió el instrumento el ritmo inédito i preciso
Su melodía en alabanza a Narciso.
I aquella fluida música supo sonar tan bien,
Que parecía oirse los divinos exordios
De alguna loa o himno de suaves clavicordios.

¡Tus clavicordios, oh poeta Paul Verlaine!

---

# TERCER CICLO

*Dijo el Espíritu Santo, tratando de los pregones que se dan para hallar la Sabiduría por sus señas, que dijo el abismo: «No la tengo»; i el mar: «No es en mí; i que la muerte i la perdición dijeron: «Oímos su fama, nuevas tenemos della».*

(Don Francisco de Quevedo Villegas).

## el Himno de las Torres

I

Canto: las altas torres, gloria del siglo i decoro del suelo. Las torres que ven las distancias; las torres que cantan la gloria de las buenas artes del hierro i la piedra. Las torres gigantes que tienen cien lenguas intactas: cien lenguas, que son las campanas, sapientes de un májico idioma que dice a los astros las preces del culto estinguido, con frases de bronce i de fé.

II

Las piedras están empapadas de música sacra; las piedras cuya alma es unísona, cuya alma es un eco. Las piedras cuya alma despiertan los órganos con su fluído lenguaje de flautas, cuando su noble mecánica inventa los salmos, que bajo los dedos, eruditos dedos de un pálido músico, parecen una galería de arcos—iris, ante cuyo triunfo, en colores de fama pasan reyes de reales melenas obispos de tiaras suntuarias, en caballos blancos, cuyas herraduras tienen un armonioso compás. Bajo los dedos de un pálido músico: bien Pedro Luis de Preneste, dicho el Palestrina, (*grande en su Misa del Papa Marcelo*) bien Sebastián Bach.

III

La torres emerjen con sus cuadruples ojos que tienen un iris de sombra, detrás de los vidrios quemados de matices ricos, que el fuego en los hornos fijó. I junto al versículo gótico de la gran campana ,un versículo gótico donde está fijada, por los siglos de los siglos, la gloria de un artesano fundidor de Nola, a cuyos moldes de tierra echaron las condesas sus sortijas de oro, en hervor de cobre,— junto al versículo gótico, digo, mirando por el cuádruple ojo de las torres, mi alma recibe del sol un adiós más largo que todas, sobre una ciudad vieja: Nuremberg, Harlem, Beikjawik, Belgrado, Armagh, Thorn, Oxford, Toledo, Coimbra, Nicea, Bizancio, Esmirna, Alejandría, ¡Paris! con las frondosas testas de sus Clodoveos eternizadas en medallas. Roma, la capital de las torres!

IV

I mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: i mira a san Benezeto haciendo cantar la trulla en los altos andamios, sobre los granitos bordados de gárgolas; i a san Juniperto pensando un mosaico bajo los claustros bizantinos; i a santa Hildegarda diciendo floridas secuencias dar a Dios; i a san Juan de Segovia labrando el oro de las basílicas, para componer, como una oración de pedrerías, una custodia; i a Jehan Fouquet iluminando de oro una miniatura anjélica;

i a los errantes clérigos goliardos cantando en las ferias i bajo los portales de la abadía, sus estribillos en latín injenuo:

*(Nudam fovet Floram lectus,*
*Caro candet tenera,*
*Virginale lucet pectus*
*Parum surgunt ubera;)*

i a los diez i ocho Concilios Ecuménicos, i que el primero es una aurora, mientras que el último es, a penas, una noche estrellada. I que en el primero el que rige es un monje con los ojos quemados i las manos cortadas; i el que rije el último es un Papa que ha huído una vez, i que tiene las manos aristocráticas.

V

I mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: i mira en un antiguo Mapamundi las aguas y las tierras; i en las brumas australes la ignorancia Anticthonia; i la cinta de fuego del Ecuador apretando el ombligo de la tierra; i el mar más estraño que una selva virgen; i Jerusalem en el centro del mundo; i al norte las tierras de Gog i de Magog; i elParaíso de donde manan cuatro ríos, arrastrando palos olorosos de canela, de ruibarbo, de aloe y de jenjibre; i las murallas de Jaspe que encierran el jardín; i la espada, que pare-

ce una llama en el aire porque no se ve al angel que la tiene; i al rededor del mundo los doce vientes: Erus, Scolanns, Nochus, Anster, Africus, Euroanster, Zephirus, Stannus, Ireius, Bóreas, Aquilo i Vulturnus.

## VI

I mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: i mira cómo viene la noche, i la media luna semejante a la herradura de plata de un Pegaso en los territorios negros, o bien como una artística peineta de plata sobre una inmensa cabellera esparcida. I a la luz de la media luna desarollánse los Imperios: Francia, Asiria, Persia, Ejipto, Judea, Macedonia, Roma, Méjico, Perú, Rusia, Arabia—otra vez Francia. Grandes tropeles de horda; banderas en el horizonte; lanzas agujereando la noche; clamores retumbando en el espíritu del viento; pájaros de presa entre desgarramientos de nubes; cadáveres bajo los árboles; osamentas sobre las piedras; un sueño, i aguilas, águilas, i banderas, i lanzas, i bosque, i noche, i montes, i un largo galope enmelenado de antorchas llevándose todo eso: el gran poema del hierro i del caballo, i las hostiles barbaries marchando bajo el huracán de Dios, bajo los truenos de Dios, bajo el talón que ha hollado hundimientos de mundos—el talón de Dios—bajo la derecha de Dios, abierta como una palma de resplandores.

## VII

I mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: i mira las torres más viejas levantarse entre poblaciones de esfinges, de pterodáctilos, de tortugas, de leones: sueños del hombre cuaternario, sueños bajo las palmeras, tan grandes que cada una parece una noche; sueños de gigantes llenos de vello; de gigantes cuyos dientes han quebrado las costillas sangrientas del buei salvaje: de gigantes cavadores de montañas; de gigantes que poseen el dogo i el pavo real; de gigantes que cuando están ciegos de vejez, van a oir rujir el mar, para aprender sonidos i hacer idiomas. I las torres son sobre cadáveres de ciudades: Makhimos, Damasco, Eusebes, Palenke, Tebas, Ellora, Tiahuanaco, Tombuctú, Kamakura—Babel con su torre de blasfemia en el pavor de las estrellas; cadáveres que hablan con alfabetos jeroglíficos, para contar de los viejos sacerdocios la historia, i las tablas de una celeste artmética, i los dogmas teologales, i las virtudes de las hierbas, i las peregrinaciones de los hombres cuyo sojos vieron nacer el oro en las redomas filosofales, i subir las almas, por la escala de las encarnaciones, de astro en astro: Jacob, Hermes, Orfeo, Numa, Manco-Cápac, Crishna Rama, Moisés, Zoroastro.

## VIII

I mi alma (golondrina idea) desde su torre sigue mirando: i mira que ya viene el alba, i que una muchacha fresca rie, i que en su risa se desparrama un puñado de sortijas de plata. I mira des-

pedirse las naves que van ora los Continentes,- para las tierras rojas, para las tierras negras donde el Sol se acuesta entre palmeras; donde hai serpientes que parecen joyas venenosas, i flores más bien pintadas que los tigres; i bisontes ,i elefantes, i jirafas, i pájaros del Paraíso, i luciérnagas, i resinas, i esencias, i bálsamos, i corales, i perlas, (éstas en conchas de balvas rosadas, como hostias intactas entre labios que comulgan), i dulces nueces, i polvo de oro; i tambores, i calabazas, i tinajas, que hacen la música de los dioses; i princesas desnudas que aman los besos de los amantes blancos. I va Cristóbal Colón, con una cruz i una espada bien leal; i Marco Polo, con un tratado cosmográfico de Cosmas en la mano; i Vasco de Gama con un astrolabio en el mástil; i Hernando de Magallanes con una hacha al cinto; i la *May-Flower* con la carta del rei Juan; i Domont d'Urville con un planisferio i una áncora; i Tasman con una brújula; i Stanley con el lápiz del *New-York-Herald* i su casco de corcho; i Livingstone con su biblia i su esposa—David Livingstone, el padre del Nilo.

IX.

I mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: i mira cómo la tierra enseña hostilmente su doble tocado de nieves, i el obscuro Polo, más hermético que el Paraíso, con sus *icebergs*, y sus *packs*, i el *blink*, deslumbrante como un nimbo de altos reinos; i el tabernáculo donde está la Aurora -boreal en el secreto de sus mudos deslumbramientos; i la caverna donde la Piedra-Iman pierde el alma; i el palacio lívido de la Fata

Morgana, soñadora en las nubes; i el mar obscuro que mece los sueños de la morsa negra; i la siniestra Orca que oye a los marineros i roe las piedras con sus cuaaenta i ocho dientes; i el *K*raken que tiene tres corazones i abraza las naves con sus brazos palpadores del abismo; i la ballena que llora al partir, como las mujeres; i el oso blanco que duerme seis meses sin respirar i que viene la verguenza en su lengua negra. I hacia allá van los hombres de la zona rubia: Franklin, Cook, Markham Eliseo Kent Kane, Fridtjof Nansen, i una mujer: lady Franklin, que busca por el Horror unos huesos amados, i vuelve con el alma encanecida de tantas nevadas como han caído sobre sus tristezas. ¡Grandes infortunios, noches gigantescas i soles más débiles que la vida de una violeta!

X

I mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: i mira que nace otro día, todo en sangre, otro día, i que los hombres niegan a Dios i se hacen pequeños i malos. I hacen libros como quien siembra una selva, para tener maderos con qué arbolar naves futuras: Darwin i Claudio Bernard, Crookes i el profesor Roentgen Pasteur, Edison,, Ernesto Hello i Niezstche, Karl Marx i Fabre d'Olivet, Eliphas, Lévi, Champollion, Ausgusto Comte, Maury, Vogt y Ralph Waldo Emerson. I mira mi alma cómo la vieja ciencia de las Pirámides resucita; i el sueño parlante que ve a la distancia con obscura mirada; i los tres elementos que son las tres llaves de la ciencia de las Generaciones. I mira cómo se llena de amor el metal,

tocándole el alma por medio del rayo; i como se ordena la armonía de los átomos; i cómo en la carne de los seres se modela la futura estatua que ha de ser el coronamiento de los Reinos: la triple estatua de talones de piedra, cintura de árbol i cabeza elocuente: i cómo los carros sonantes corren por la paralela de hierro, en pos del corcel de hierro, cuya alma es un trueno de hierro, i cuyos bronquios de hierro, tosen el huracán, y cuyo corazón de hierro va tempestado de brasas; ¡gran caballo, negro, negro, negro, gran caballo comedor de fuego, gran caballo en temblor de enormes músculos lanzado, con una nube en las narices, a los jadeantes trotes del millar de leguas: gran caballo negro, gran caballo, gran caballo negro el cual no se ve sudar!

## XI

I mi alma (golondrina ideal ) desde su torre sigue mirando: i mira que la tarde viene con un paso lijero, armoniosamente, a caer en la mar, como una poetisa ciega que sobrelleva su palidez tocando el arpa. I sobre una torre de oro aparecen, con los cabellos coronados de laureles i espinas ,algunos hombres: Hugo, Verlaine, Laplace, Herschel, Wronski, Wagner, Goethe, Klopstock, Poe, Whitman, i Adam Mickiewisch. I la Torre tiene nueve pisos: i en el segundo están los que son coronados de diamante, i en el tercero los que son coronados de plata, i en el cuarto los que son coronados de hierro, i en el quinto los que son coronados de rojo cobre, i en el sesto los que son coronados de estaño, i en el séptimo los que son coro-

nados de ébano, i en el octavo los que son coronados de marfil, i en el noveno los que son coronados de verbena. I los nueve pisos de la Torre son los lechos de nueve estrellas (nueve doncellas de plata) i desde la cima de la Torre se escucha ya el himno de los Serafines, i es como si en dos se abriera el Sol.

## XII

I mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: i mira cómo viene la noche de cien años—i que ya ha llegado—i cómo desde su fondo en que las estrellas brillan solas, como el triple millar de lanzas de un campamento abandonado, levántase las sombras heróicas. Grandes estaturas, grandes espadas, grandes cuerpos con almas como espadas dentro—i coronas: Kosciusko, Danton, Louverture, Bolivar, Marti, Garibaldi, Kanarís, Riego, San Martín, Licoln, Nana—Sahib, Juárez i los Quince mil Rojos de París. I mira mi alma cómo empieza a podrirse el mundo a la manera de una manzana que germina; i cómo en los antros se mueve un enorme desperter de leones; i cómo los clamores han sonado tan fuerte, que Dios se ha inclinado a escucharlos desde lo Inefable, con una lágrima oceánica en su párpados donde duerme la lumbre de cien astros; i cómo la noche semeja una pira de grandes leñas pronta a empenacharse de llamas, por la obra de unas fuertes manos que salen del abismo, aptas para desanudar toda brida; i cómo en cada llaga parece que está encendida una antorcha, i cómo la Venganza, con su cabeza de niño cadavérico, baja

a largos pasos la Montaña de Sombra, conduciendo una trahilla de perros negros, de perros verdugos, cuya sarna se pegará a todo lirio.

## XIII

I mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: i mira la Aurora venir en paz, i sobre la Aurora levantarse la Torre de Oro. I que la tierra está pacífica como una viña sobre los últimos días de un abuelo viejo; i que cada madre es como un jardin de almendros; i que el Sol viene, ardiente i bello, como un héroe joven que estrena sus armas; i que las piedras, i los árboles, i las bestias del mundo, levantan al cielo sus almas confusas, en el himno de todas las lenguas, de todos los números, en el himno que surge de la Torre de Oro, coronada Lira, Arbol musical, Cráter de armonías, Casa de las doradas virtudes —Torre de Gloria!

## XIV

I hé aquí que todas las torres han caído, i que mi alma, suspensa en los aires como una lámpara apagada, mira descender a Dios sobre la Torre de Oro, única, i sobre los hombres, i que los hombres miran a Dios de frente. Entonces, oh armonía de los santos cielos! parece como si sobre una herida vieja se derramara un unguento de perlas finas; como si cada pecho estuviera lleno de música; como si cada mano estuviera puesta sobre la cabeza de la Amada; como si cada lengua fuera un cántero de violetas.

## XV

I una voz se levanta diciendo: he aquí la Virgen que ha roto su prisión de seis mil años, para ofrendar a la Vida el jardín codiciado de su seno; hé aquí sus cabellos, hé aquí su carne que el horror de la esterilidad marchita, i que en la gloria de las germinación florecen, como divinos adornos, del trance luminoso. I tú, hostia de mi comunión inacabada, viña de mi sed perpétua, mártir de mis desdichas estraordinarias—Astra—tú eres la Virgen que llega, con las puntas de tus senos doradas por el oro fúnebre de mi sepulcrales recuerdos; con la mirada de tus negros ojos, como una caricia prolongada en dos noches consecutivas; con la gracia turbadora de tus líneas bajo el sudario ;con tus manos, sabías en la cosecha de los frutos nocturnos; con el tesoro de tus besos, tesaurizado en las angustiosas esperas—a gozar plenamente la hiperdulia de mi corazón desconocido. Porque ya es la Pascua sobre tu noche de seis mil años.

## XVI

I sobre la Torre de Oro aparecen las virtudes seráficas: el AMOR, vestido con todas las piedras preciosas del mundo. LA ESPERANZA, cubierta con todas las flores de los climas. I más alta, más alta, sobre todas las oraciones, sobre todas las liras, vestida con el fulgor de todos los

soles, saludada por el fervor de todas las alabanzas, como un corazón de oro fundiéndose en llamas, más alta, más alta, la Rosa resplandeciente: la FE,—en un formidable despedazamiento de astros.

EXPLICIT FELICITER

# INDICE

ESTA OBRA FUÉ COMPUESTA E IMPRESA
EN TRES DIAS, HABIÉNDOSE TIRADO
DOSCIENTOS EJEMPLARES
EN PAPEL ESPECIAL
Y NUMERADOS



